

El Socialismo como un proceso de experimentación social

Alejandro Dorna

"Al comienzo, dicen que nos equivocamos y pueden probarlo. Más adelante, dicen que tenemos razón, pero que es algo insignificante. Finalmente, dicen que es importante, pero que lo sabían desde hace mucho tiempo".

Ch. Kettering

Nada más difícil que solicitar tolerancia cuando todos se preparan para un enfrentamiento. Sin embargo, si queremos realmente cambiar viejos hábitos polémicos y ser capaces de proyectar y luego construir una sociedad, sobre bases humanas distintas, nos será preciso no solo aceptar la pluralidad de opiniones en el seno de nuestra comunidad sino, incluso, mejor aún: desealarla.

En esa dirección se encaminan estas reflexiones: un proyecto de sociedad y de socialismo, tendrá en el debate del presente, tanto en sus contenidos como en sus formas, los elementos que determinarán su fracaso o su éxito en el futuro.

Para la gran mayoría de aquellos, cuya lucha por el socialismo tiene una actualidad concreta, puede parecer innecesario, especulativo e, incluso tendencioso, plantear por separado: ¿qué tipo de sociedad?, ¿qué tipo de socialismo? Un reflejo militante pareciera empujarnos a responder sin vacilaciones: ¡evidentemente, una sociedad socialista!

Sin embargo, a corto andar, diversas consideraciones valóricas, metodológicas y políticas hacen replantearse la pertinencia de dicha interrogante disociada, so pena de transformar una consigna en una evidencia incomunicable.

a) ¿Por qué hablar de un proyecto de sociedad?

Las razones se agolpan y entrecruzan, incluso sin tocarse, pues la diversidad de rutas se vuelve asombrosa. Para algunos, la lógica del desarrollo industrial nos conduce inevitablemente a una catástrofe ecológica. Otros, reclaman un modelo y un fortalecimiento de los valores humanistas. Más allá, la contienda pacífica entre Este y Oeste parece compartir un **statu quo** inquietante. Acá, millones de seres esperan una salida a los contrastes agudos que retratan la dicotomía Norte-Sur.

El planeta está convulsionado y las informaciones vertiginosas que dan vuelta al globo acortan las distancias y tienden a reclamar una solución mundial a los

problemas sociales que nos agobian. Los particularismos regionales, a pesar de su auge actual, no pueden menguar la pertinencia ni tampoco la imperiosidad de la problemática general.

Los ciudadanos del mundo tanto como los nacionalistas recalcitrantes, quiéranlo o no, experimentan similares inquietudes toda vez que: una central termonuclear filtra radiactividad, se continúan violando sistemáticamente los derechos del hombre, resurgen los regímenes fascistas; tampoco se permanecerá insensible a los ensayos sociales que se expresan a través de las democracias populares y los gobiernos de corte socialdemócrata y los movimientos autogestionarios. En fin, podremos ignorar, temer o solo desconocer esos y otros muchos eventos, pero no cabe duda que cada día que pasa menos podremos hacerlo. Tampoco parece posible en un futuro cercano, encogerse de hombros y sólo abocarse a la tarea de transformar las sociedades nacionales, pues se perderá de vista un conjunto de circunstancias que harán presión, pro o contra nuestros deseos.

En cierta manera es el fin de las utopías autárquicas y de una mentalidad política. Sin embargo, asistimos al despegue de un largo proceso de reflexión y tanteos sociales que introduciendo nuevas variables socio-culturales, también toma en cuenta la dimensión tecnológica.

El quehacer político moderno exige estar a la altura de los desafíos de la época: el análisis y la puesta en marcha de programas de acción determinará el curso de los mismos.

Hablar de proyecto de sociedad, en tanto socialistas, tiene ribetes imperativos. Una parte de la humanidad ha echado a andar en búsqueda de la sociedad socialista, pero ni en Marx ni en Lenin, se descubre un plan concreto de construcción social. He allí, en nuestra opinión, una de las razones de las debilidades del ideario socialista.

Por esto es preciso, pensamos, hacer un gran esfuerzo, por una parte para definir en forma operacional nuestros objetivos, y por otra, para disipar las ilusiones y espejismos permitiéndonos palpar los límites de lo posible, sin abandonar las fronteras de lo esperable.

El trabajo político actual, se hará cómplice de nuevas "dialécticas de la derrota", si pretende escamotear el problema de la elaboración de un proyecto de sociedad realizable.

b) ¿Por qué interrogarnos sobre el tipo de socialismo? La razón es ideológica: el socialismo se expande y desarrolla transfigurado por completo. Miles son los matices entre quienes abogan por dicho ideal. Y esto, lejos de inquietarnos, nos parece prometedor, entusiasmante y deseable, a condición que un esquema no pretenda imponerse autoritariamente sobre los otros. No obstante, puede ser el síntoma de un extravío en un mar de banderas rojas y masas bullentes.

La presencia de múltiples socialismos nacionales, su consolidación y desarrollo ha transfigurado la imagen primera que forjara el advenimiento de la primera revolución proletaria. Al inicio nadie podía plantear reparos concretos fundamentales, salvo una sutil picazón doctrinaria. La acumulación de ciertos hechos ha precipitado dicha desazón: los procesos de Moscú, el XX congreso del PCUS, el aplastamiento de la insurrección húngara (1956), el conflicto chino-soviético, la invasión a Checoslovaquia y otros. Y entre esos eventos que desfiguran (¿o figuran?) los mil rostros del socialismo contemporáneo tenemos dos aspectos, cuyas implicaciones humanas e ideológicas han estremecido en sus fundaciones las realizaciones socialistas. Por una parte, desde lo más profundo de la revolución de octubre nos llegan aún en sordina los testimonios desgarradores de sus descendientes, y cuyas voces nos hablan de diversas experiencias de campos de trabajos forzados y hospitales psiquiátricos. Por otra parte, sorpresivamente se revive en el mundo socialista la maldición bíblica: los países hermanos se matan en nombre del mismo ideal. La serie de "lecciones punitivas" que en forma sucesiva se administran Viet Nam y Camboya, China y Viet Nam, echa por tierra una de las tesis más alentadas por el marxismo-leninismo: la guerra corresponde a un reparto del mundo, y es por esencia un fenómeno capitalista. Ahora, la misma dialéctica interpretativa se vuelve contra sus mentores.

Una expresión brutal de la crisis que atraviesa el socialismo y su concepción doctrinaria marxista-leninista, la constituye el cuestionamiento abierto que los propios partidos comunistas hacen de algunas tesis (otra quinta esencia de la teoría leninista) tales como: dictadura del proletariado y concepción de partido.

El "eurocomunismo" canaliza políticamente y recupera en lo ideológico aquello que algunos intelectuales marxistas dejan entrever con pudor. Así, Althusser, en un coloquio sostenido en Venecia (1977) reconoce la insuficiencia de su propio enfoque: "la teoría marxista dice casi nada sobre el Estado, la ideología y las ideologías ni sobre la política ni las organizaciones de la lucha de clases".

La idea de un socialismo sin marxismo parece cobrar de nuevo vida, tras decenios de ortodoxia ideológica, cuya divisa ha sido la de presentar el marxismo como una concepción científica del mundo, pero cuya práctica política y teórica parece negar las premisas mismas de la ciencia. Puesto que aquello que justamente distingue una formulación ideológico-religiosa de un planteamiento científico, es la imposibilidad de cuestionamiento, revisión y reemplazo.

Paralelamente, desde hace algunos años, primero con timidez y luego con fuerza argumentativa, se ha abierto una nueva interrogante sobre el vacío doctrinario, a propósito de la problemática individual. Se redescubren algunas afirmaciones "anarquistas", a fin de resituar, por una parte, las "anomalías" que se observan en la construcción del socialismo y, por otra, la acción política propiamente tal y los objetivos perseguidos.

En el fondo, el enorme debate abierto en torno al socialismo y a un proyecto de sociedad, no sólo se plantea los contenidos del ideario, sino también sobre su naturaleza misma.

Para muchos, entre los cuales creemos contarnos, insistir en la concepción de una nueva sociedad como producto del simple desarrollo de las fuerzas productivas y el reemplazo de la clase dominante por el proletariado, corresponde más a consignas manipuladoras (en ausencia de un proyecto operacional) que a la tentativa real de enfrentar pragmáticamente la tarea concreta de transformar la sociedad y propiciar un reaprendizaje de aquellas conductas individuales que formarán en su conjunto una cultura libertaria.

La hermosa imagen del "hombre nuevo" producto esperado de la sociedad nueva, que viste los múltiples programas de partidos y movimientos que se reclaman del socialismo, no pasa de ser una proyección quimérica, vaga, imprecisa, inoperacional.

Las experiencias de los llamados países socialistas han puesto a la orden del día una constatación, la cual a su vez es un punto de reconceptualización y reaprendizaje político: la transformación de las estructuras socio-económicas de un país no bastan para modificar las conductas concretas de los hombres que allí habitan.

En suma, tenemos la impresión que vivimos un **impasse** formidable que abarca los aspectos teóricos, metodológicos, organizacionales y éticos. Un **impasse** que nos exige enfrentarnos al divorcio entre nuestros sueños y la realidad, entre nuestras necesidades y las formas de satisfacerlas, entre lo posible y lo utópico.

Dejó de ser pensable construir una nueva sociedad humana, leyendo a los profetas e interpretando sus parábolas: definir nuestro rumbo demanda comprender aquello y tomar las medidas del caso.

Algunas premisas metodológicas

Ir más allá de la reflexión anteriormente expresada, más que un problema teórico es una cuestión empírica. Sin entrar a negar el papel heurístico de los modelos teóricos ni la elaboración especulativa, pensamos que siempre se deja la puerta entreabierta a las nociones estéticas e ideológicas, las cuales de manera sutil pasan a ocupar el lugar de una efectiva teoría explicativa, entre cuyos peligros encontramos:

- Creer que tenemos una teoría poderosa tanto en explicación como en predicción.

- Dejarnos seducir por palabras, las cuales en vez de sernos útiles como instrumentos de reflexión, se transforman en el arsenal de nuestras querellas.
- Tender a extraer de nuestra propia línea de pensamiento y de nuestra conducta los ejes que explicarán las ideas y las actitudes de los otros.
- Recurrir a la retórica y a los argumentos de autoridad a título demostrativo, en lugar de presentar datos concretos y verificar las proposiciones.
- Confundir las proposiciones destinadas a ser confrontadas con la experiencia y los postulados éticos o los juicios de valor que las orientan.

En ese sentido, esbozar aquello que queremos como sociedad y socialismo, tiene que abrirse paso a través de un cambio importante en nuestras propias actitudes, es decir, en la forma como estamos acostumbrados a enfrentar los problemas, sean estos individuales o sociales. Una actitud que recoja lo esencial del método científico y utilice consistentemente la experimentación para dirimir las ambigüedades e imprecisiones inherentes a la problemática en discusión. Aún más, analizar las implicaciones valóricas que subyacen a la elección de los modelos heurísticos y la manera de retransmitir el conocimiento fáctico y la metodología utilizada.

Criterios que garantizan en gran medida que el objeto y los resultados de nuestra reflexión y acción se desplacen caprichosamente por el frondoso bosque de la especulación.

En otras palabras, parafraseando a Aníbal Ponce, para destruir puede bastar el impulso, para edificar es necesario el método, pero dicho método debe implicar la experimentación transformada en un quehacer de todos.

Hemos adquirido el hábito de aceptar el contenido de un hecho y la naturaleza del problema a través de nociones que a poco andar se revelan tautológicas, con la íntima satisfacción de aprehender la realidad con palabras. En cambio, poco hemos aprendido a examinar por etapas (analíticamente) aquellas cosas o problemas que pretendemos conocer y resolver.

Nos enfrentamos a un fenómeno sutilmente postergado: el tipo de lógica y razonamiento por utilizar. La lógica aristotélica parece ayudar a pensar, pues su procedimiento consiste en concatenar las ideas y conceptos, y su meta entregarnos una definición final. Sin embargo, dicha actitud reflexiva poco o nada nos dice acerca de su utilidad. Por el contrario, la lógica de un Bacon, constituye más bien una manera de investigar y buscar soluciones a los problemas significativos y concretos.

En apariencia, podríamos estar frente a un problema de elección, en cuyo caso el papel que desempeñan los gustos personales tiene un peso innegable. El escoger

una u otra lógica, desarrollar una u otra actitud, estará en estrecha relación con aquello que queremos hacer y si pretendemos que funcione o no.

Dentro de la problemática que nos ocupa, la forma y el rigor con la cual la abordemos tiene una importancia, muchas veces insospechada.

Para nadie es un misterio que, durante décadas, los diseños políticos tácticos de la izquierda se han sustentado sobre la transformación de las estructuras socio-económicas de sociedades particulares, dándose extraordinario énfasis a la seductora actividad intelectual de reflexionar acerca de "qué debería ser la economía", descuidándose la tarea concreta de "qué hacer en el área económica" cuando se construya el socialismo. En ese sentido, una supuesta fidelidad a los principios teórico-económicos del socialismo, deja sin respuesta concreta un problema en el terreno económico-práctico: el papel del sector privado.

No está demás recordar que esta actitud elucubradora de la gran mayoría de los responsables políticos y de los economistas chilenos, durante el gobierno del Pdte. Allende, fue una de las razones de sus muchas vacilaciones políticas.

Así, la introducción esquemática, de un conjunto más o menos organizado de conceptos de naturaleza académica, ha frenado la formulación de un programa realista de política económica, propio de un movimiento que aspira a resolver los problemas de la sociedad concreta.

¿Qué significado tiene, entonces, la noción socialismo?

Al margen de reconocer que dicho vocablo despierta más bien reacciones emocionales encontradas, existe una tendencia generalizada a asimilar socialismo a la simple eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción. En las últimas décadas, bajo la influencia de un marxismo eclesialístico, se ha tendido a empobrecer el significado amplio que puede encerrar su contenido de cambio cultural.

Insuficiente es, a nuestro juicio, concebir el socialismo en términos puramente económicos. Allí encontramos uno de sus ingredientes, cuya importancia (a riesgo de irreverencia) se ha revelado bastante relativa, en función del mantenimiento de múltiples conductas (en contradicción con la imagen proyectada de "hombre nuevo" socialista) de las personas que viven en regímenes así estructurados.

La tentativa de definir aquello que entendemos por socialismo, podría tomar en cuenta otros aspectos metodológicos del problema, tales como:

a) Pretender definir "el" socialismo, implica una pretensión absoluta y universalista: un cierto terrorismo semántico. La enorme producción teórica existente en torno a la materia, parece alertarnos de los riesgos contenidos en

dicha empresa conceptual, en especial a demarcarse de otras interpretaciones posibles y apropiarse de una "verdad teórica". Ciertamente es, la historia es testigo dócil que, en términos de las estrategias políticas, las cosas se han presentado como si la edificación del socialismo pasa por la negación previa de todas las interpretaciones, salvo la nuestra, y cuya dinámica propia exuda una religiosidad practicante, basada justamente en la negación del otro.

De esta manera, el ideario socialista se ha visto contaminado con la trama de un mundo que se pretende superar la violencia.

Por tanto, en lugar de negar la diversidad socialista, nos parece saludable y promisorio incitar su existencia. La bella metáfora de las "cien flores", podría hacerse realidad, a condición de plantearnos su operatividad en términos experimentales, pues no creemos que sea el azar quien pueda mejor determinar cuál "flor" es la que más nos agrada y conviene. Para ello se hace necesaria la introducción de una búsqueda (investigación) sistemática y la evaluación empírica de las hipótesis (nuestras o ajenas) propuestas.

b) Nos parece pertinente recuperar el carácter "pragmático y utilitario" que la noción de socialismo evocaba entre sus pioneros: constituir una alternativa concreta y cotidiana a los problemas que viven los hombres en sociedad.

La metamorfosis ideologizante que ha sufrido la noción de socialismo ha hecho perder de vista su significado práctico, tras una avalancha de consideraciones y polémicas académicas. Esta verdadera operación estética a que fue sometido el "para qué" del socialismo, bajo el imperio vergonzante de un neohegelianismo, redescubierto en Marx por algunos de sus discípulos, trajo como resultado la falsificación de propósitos futuros, la tergiversación de los problemas reales y la falta de operatividad de la acción política.

Los precursores del socialismo (entre ellos los peyorativamente llamados "utópicos") se preocuparon por resolver directamente aquellos problemas que en su opinión se observaban en la vida diaria, englobando a la sociedad en su conjunto y no sólo a una parte de la misma. En cierta medida el socialismo fue consustancial a la búsqueda de soluciones empíricas, en el "ahora y aquí" de las luchas sociales. La fragilidad de sus intentos hizo pensar a otros (entre ellos a Marx) que sólo con una interpretación global de la problemática social y una estrategia política revolucionaria (término que se presta a más de una ambigüedad) se podría encontrar "la" solución a la contradicción fundamental de la sociedad: capital y trabajo.

Las hipótesis teóricas de Marx han sido seguidas por muchos de sus partidarios y fueron planteadas como la revelación necesaria y previa para crear la conciencia que "los problemas" sociales sólo podían ser resueltos a través de la eliminación de "el" problema esencial.

Esta lógica interpretativa ha pesado enormemente sobre nuestras tradiciones de lucha y privilegiado ciertas vías de tránsito hacia "el socialismo" por sobre otras.

En búsqueda de un diseño de sociedad y de socialismo

Un proyecto socialista, actualmente, no puede contentarse más con enunciados generales, vagos e imprecisos, pues pese a ser entusiasmantes en su crítica se han demostrado desalentadores en sus realizaciones.

Una cuestión de principio se nos impone: nunca más postular que "el" socialismo es la solución a todos los problemas de la vida en sociedad. Pero si bosquejar una visión realista de los grandes ejes de las tareas por efectuar y especialmente los elementos metodológicos por utilizar. Vale decir, elaborar una política práctica y cotidiana, capaz de dar cuenta, incluso en pequeña escala, de aquello que se espera será la transformación social deseada. Por tanto se precisa analizar, diseñar, evaluar y corregir los hechos que trazarán nuestro camino y apuntarán hacia nuestra meta: una sociedad donde nuestros problemas concretos puedan encontrar soluciones adecuadas. En otras palabras, un camino que permita ser transitado planteándose nuevas interrogantes y dudas, obteniendo un conocimiento comunicable y verificable: experimentar en el sentido científico del término.

En tal sentido, nos parecería posible ligar las nociones de sociedad y socialismo. Sociedad civil, entendida como el conjunto de conductas individuales y colectivas, las cuales al traducirse en un cierto número de fenómenos característicos (tipos de relaciones entre sus miembros, formas de organización, metas, etc.), estructuran aquello que denominamos cultura. Y socialismo como aquel cuerpo de proposiciones concretas (hipótesis por verificar) que resumen un cierto "consenso valórico" sobre los problemas que deseamos solucionar, a través de la modificación del entorno dentro del cual se han adquirido y mantienen determinadas conductas y pautas culturales. Aún más, el socialismo lo concebimos como un gran evento cultural, estructurado por nosotros mismos, y en cuyo seno las prácticas de control social privilegien los procedimientos de refuerzo positivo y autocontrol por sobre los criterios de castigo.

En esta perspectiva, un proyecto de sociedad socialista, reconoce la importancia - hasta ahora descuidada - por una parte, de los tipos de relaciones que se establecen entre los individuos y también entre los sexos; y por otra, de las formas que caracterizan los controles que impiden o facilitan los cambios de la conducta humana.

Un proyecto de tal fisonomía, tiene entonces que abocarse simultáneamente a explicitar hacia - dónde - vamos y en particular cómo vamos - hacia - allí, pues la simple crítica de lo existente no basta para diseñar un programa serio de cambio social.

Una interrogante nos parece necesaria: ¿es posible determinar **a priori** hacia dónde vamos? Ciertamente, a menos que concibamos la sociedad como un continente desconocido (¿o perdido?), al cual llegamos como exploradores o colonizadores y no como algo que hace parte de nosotros mismos, producto de nuestro esfuerzo, de nuestra imaginación, de nuestros intereses y de nuestras posibilidades técnicas concretas de planificación.

En tal sentido, renovar una sociedad a nuestro juicio, plantea más bien un problema tecnológico, que un **puzzle** teórico.

La existencia de problemas nos ha hecho buscar múltiples soluciones técnicas, pero, incluso, el hecho de construir un puente exige previamente que deseemos hacerlo o estemos constreñidos a ello por alguna razón. En todo caso, se trata de dar solución a algo que nos preocupa o inquieta. Su construcción implica diseño y echar mano a nuestros conocimientos anteriores en materias o dificultades similares. Incluso, reconocer que en tal dominio conocemos poca cosa. Precisamos también explicitar los materiales y recursos disponibles. Y en caso de ser nuestro primer puente seremos prudentes y determinaremos algunos indicadores objetivos para poder evaluar los fallos posibles y en caso de producirse una catástrofe (los puentes, como las sociedades, pueden derrumbarse) poder tener elementos fácticos que permitan evitar los errores cometidos para la próxima vez que estimemos que un puente nos es necesario o deseable.

La construcción de una nueva sociedad, no tiene por qué ser forzosamente (al menos en lo conceptual) tan distinta a la manera como el hombre se hizo **homo faber**: aprender de la experiencia solo se hace a través de un proceso acumulativo de conocimiento. He allí, una distancia que sería preciso acortar respecto a la política "diseñada" por los socialistas, quienes paradójicamente tienden a repetir los errores y/o repartir de cero.

Existe en nuestro repertorio valórico y conceptual una serie de ideas y vivencias que permiten trazar algunos perfiles relativamente precisos de aquello que queremos y las razones (hipótesis) de los errores. En dicho repertorio existen antecedentes que pueden ser una gran fuente de inspiración, pero teniendo claro que la humanidad - como escribiera Marx - se da sólo aquellas tareas que es capaz de resolver.

Es por ello que desde un punto de vista metodológico la formulación de los elementos que podemos considerar como dignos de ser incluidos, en tanto objetivos, de un proyecto de sociedad, no puede restringirse a un puñado de intelectuales, científicos o dirigentes políticos, por honestos y bien intencionados que estos sean, ni tampoco transformarse en un inventario exhaustivo de proposiciones.

Tarea que concierne a toda la humanidad, ella implica enfrentar sus dificultades. He allí, un problema fundamentalmente técnico-metodológico y, bien entendido, político, cuya solución precisa ir al encuentro de otras voces y otras opiniones, aportando las nuestras, en un clima de tolerancia y apertura.

Algunas sugerencias para un marco normativo de proyecto de sociedad socialista

Parece ilusorio hacer un listado jerarquizado de los valores (aquello que deseamos) que a nuestro juicio deberían hacer parte de una convergencia de criterios encaminados a diseñar una nueva cultura sobre bases operacionales. Un enorme trabajo consistirá el traducir en parámetros objetivos los enunciados que a continuación trataremos de esbozar. Sin embargo, la tarea es difícil pero pensable. Su realización dependería más bien de la voluntad y el esfuerzo que estemos dispuestos a consagrar a tal empresa. Claro está que el desarrollo inquietantemente destructivo que se imprime a nuestra sociedad, debería hacernos reflexionar con mayor insistencia en la urgencia de ponerse a la obra.

¿Cuáles son, entonces, los valores que a nuestro juicio se precisa insuflar a través de un proyecto de sociedad, para luego hacerlos operacionales en un programa realizable de transformación de nuestra cultura cotidiana?

1. Hacer que la sociedad en su conjunto y sus miembros permanezcan abiertos a los cambios, valorándose como expresión de búsqueda de renovación, y aceptar las "anomalías y marginalismos", pues pueden ser gérmenes de innovación y creación.
2. La erradicación de aquellas fuentes y expresiones de explotación del hombre por el hombre, en cualquier esfera de la vida en comunidad.
3. El conglomerado humano, cuyas conductas forjan su propia cultura, tendrá mayores posibilidades de sobrevivencia renovación y riqueza, en soluciones a sus problemas, en la medida que acepten la diversidad de las mismas.
4. Para ello se hace necesario que los miembros de la comunidad humana vivan en un clima de tolerancia tal que les permita dirimir sus divergencias sin recurrir a la negación del otro ni a la coerción.
5. La custodia de un pensamiento pluralista, está en estrecha relación con las posibilidades que las personas tengan de emitir libremente sus opiniones y críticas, buscando alternativas solidarias con la comunidad.
6. Incrementar las conductas de cooperación, comunicación cara a cara y ayuda mutua, entre los integrantes de la comunidad.

7. Una garantía de eliminación de los conflictos ligados a los intereses creados, es la eliminación progresiva de la propiedad privada sobre los medios de producción y los medios de bienestar comunitario.

8. La participación activa de los individuos en sus propios asuntos y los sociales se acrecienta tanto con la difusión amplia de la información (eliminación de los "secretos de Estado") como con el hecho que las decisiones tomadas en forma colectiva tengan en efecto repercusiones y estas sean debidamente conocidas por todos.

9. La superación de las encrucijadas y querellas bizantinas que se desprenden de la aceptación de todas las opiniones y críticas, tendrá un cauce adecuado en la búsqueda de soluciones a través del desarrollo de una actitud científica entre todos los miembros de la comunidad.

10. Hacer análisis objetivos de las condiciones, antecedentes y consecuencias bajo las cuales se adquieren, mantienen y cambian las conductas individuales y sociales vías observación y experimentación, a fin de desentrañar las causas funcionales de las conductas que comunitariamente se desean modificar, y también las formas de fortalecer aquellas que se desean mantener.

En la medida que el medio ambiente determina fundamentalmente las conductas de los organismos vivos, será en el análisis funcional de las contingencias ambientales y en la modificación del medio donde se encontrará respuesta práctica a la interrogante de "cómo" crear las nuevas conductas que definirán al hombre nuevo.

11. La objetivización de los mecanismos de poder será una garantía para la reducción de los conflictos de carácter antagonista y la utilización - en caso necesario - de formas de contrapoder. En la perspectiva que un progresivo desarrollo de conductas individuales de autocontrol y la expansión de las técnicas de modificación de conducta, facilitarán el afianzamiento de las nuevas relaciones (igualitarias, autónomas, fraternales y libertarias), que implica el diseño de una nueva cultura.

12. En tal sentido la defensa y mantenimiento de los derechos humanos pasa a ser parte esencial de la práctica social, cuya dimensión más radical la constituye la eliminación de los mecanismos de control social e individual de tipo punitivo.

13. La cuestión de la autoridad, íntimamente ligada a lo anterior, exige a quienes asuman las actividades de "representantes", "dirigentes", "coordinadores" o "planificadores", ejecuten sus funciones sometiéndose - al igual que cualquier otro de la comunidad - a las consecuencias de sus proposiciones y decisiones. Única manera de plantear con eficiencia un "control del control" y disminuir los efectos perversos del poder de las élites.

14. El problema de los tipos de gobierno que podrán ser compatibles con los supuestos anteriores, debe también analizarse en función de juicios fácticos y cada vez menos en términos puramente valóricos. La evolución de la sociedad puede implicar una experimentación de las formas de gobierno para darse en diferentes etapas o momentos, a fin de plantearse, a través del mismo razonamiento, la eventual gestión social sin autoridad.

Dicha experimentación organizacional debe tomar en cuenta la enorme cantidad de investigaciones que apuntan hacia los vicios y consecuencias negativas sobre la conducta de las estructuras centralizadoras, poco participativas y verticalmente disciplinadas.

En ese sentido, se hace necesario replantearse la noción de Estado, no como simple "banda de individuos armados" (Engels) sino como el conjunto de lazos y relaciones (afectivas, intelectuales, éticas) que se establecen entre los individuos.

15. La gran mutación que ha implicado el desarrollo científico, tecnológico industrial, debe ser compatible con la sobrevivencia de la especie y de su medio ambiente natural, a fin de asegurar mejores condiciones de vida, trabajo y esparcimiento.

16. La sociedad incorpora a su práctica cotidiana un método de análisis experimental para resolver problemas, acumular conocimiento empírico y dirimir sus **impases** valóricos. Todo lo cual implica que el cambio de actitud deseada contiene una planificación y programación de aquello que queremos hacer en un momento o período (a través de mecanismos de "mini-consensos"), a fin de ir paulatinamente volviendo realidad los objetivos generales del proyecto de transformación social propuesto.

Hacia un aprendizaje social y cultural mas allá del castigo

Otras muchas serán las cuestiones para considerar y luego operacionalizar, a fin de poder evaluar, corregir y predecir. Sin embargo: nada peor que un catálogo, pues la perspectiva experimental correría el riesgo de transformarse en un intento clasificatorio, y como tal resurge la tentación a estructurar seductoras teorías-globales-molares.

En cambio, plantearse el cambio de nuestra cultura, en especial de nuestra cultura política (hábitos del "cómo hacer"), en forma progresiva y debidamente evaluada, se revela una tarea persistente y acumulativa, en términos de un aprendizaje social concreto, medible, demostrable, público y modificable.

La aplicación del método general de la ciencia y de la tecnología social, en la elaboración de las nuevas pautas culturales de conducta, que permitan las formas de convivencia humana deseadas, puede permitir aproximarnos con un pie más

seguro al examen de aquellas teorías globalizantes que han pretendido y pretenderán profetizar las alternativas. Puesto que todas las teorías - por definición - no son más que cuerpos de hipótesis más o menos estructurados, es decir proposiciones por someter a la prueba experimental. Se trata entonces de verificarlas o refutarlas en forma experimental. En otras palabras, observar sistemáticamente bajo qué condiciones funcionan o no.

La empresa gigantesca de una experimentación social de transformación cultural, requiere entonces de una amplia gama de proyectos, experiencia y "maquetas sociales", a fin de crear una ligazón concreta entre los mundos de lo deseable y aquel de lo posible, entre la ficción y la realidad. Todo lo cual puede impulsar un proceso de búsqueda e investigación permanente y abierto en gran escala, a largo plazo, y sobre todo transformable en una serie de ensayos sociales, a corto plazo.

No se nos escapan las dificultades epistemológicas que enfrentan estos planteamientos, y las observaciones críticas que pueden expresarse en su contra, tanto desde una perspectiva historicista clásica, como de aquella de la "tecnología puntual" formulada por Popper (1956). Sin embargo, pensamos que si bien un enfoque científico social lleva implícito un postulado de predicción y entendiendo la fragilidad de instrumental como de datos empíricos disponible, no es menos interesante postular que dicho vacío podría ser llenado a través del ajustamiento entre las experiencias a corto plazo con la proyección a uno más largo.

En definitiva, a nuestro juicio, dicho problema más que un rompecabezas teórico se nos representa como un intento serio por obtener información empírica suficiente para luego y en conocimiento de los mecanismos concretos, poder formular teoría científica.

En la medida que un proyecto de sociedad apunta a una modificación profunda de los hábitos, creencias, dogmas, actitudes (conductas) de los individuos que viven en su seno. La llave maestra de todo cambio social ha sido señalizada en términos de la "toma del poder central" de la sociedad. Vale decir, apoderarse del Estado, pues será condición previa e indispensable poseer el poder, para posteriormente destruirlo o convertirlo en otro distinto. En todo caso, la cuestión esencial de la política se ubica allí: el poder constituye la inspiración y la meta de casi la totalidad de las contiendas políticas.

Para los detentores del discurso clásico y la estrategia maximalista, la nueva sociedad sólo puede comenzar cuando el poder pasa a manos de quienes pretenden edificarla. El postulado nos conduce a inaugurar el año I de la toma del poder como la fuente única de la transformación, jamás antes, pues todo lo anterior ha sido la espera y la preparación del gran día.

Visión apocalíptica, en la cual los cambios son percibidos como grandes estallidos, furiosos enfrentamientos, sublevaciones sangrientas, heroísmo altruista del pueblo o de individuos: la revolución es esperada y forjada como

una gran purificadora, símbolo mítico de **vendettas** inconfesas y proyecciones proféticas. El camino es visto en forma casi religiosa, en el cual se precisa tener paciencia, perseverancia y fe de carboneros.

En la actualidad, esta concepción mesiánica del cambio social y de la ruta que debe seguir el socialismo ha perdido fuerza, aunque en muchas proclamas, la inercia y el peso de las tradiciones jacobinas, se reivindica a través de frases incendiarias.

Una actitud diferente - siempre latente dentro del movimiento obrero internacional - se dibuja tras la búsqueda de valores distintivos de aquello que se proyecta hacer y la elaboración de objetivos más precisos y operacionales.

Diversos elementos entran en juego - especialmente en la última década - y hacen deseable replantearse el problema. El enorme **impasse** en el cual nos debatimos tiene, a nuestro juicio, entre otros ingredientes, a los cuales en cierta manera hemos hecho alusión antes:

- La vastedad de las derrotas sufridas (Chile es un trágico ejemplo) y la metamorfosis bizarra del ideario socialista a escala mundial.

- El sentimiento de atravesar un período histórico particularmente cambiante, en el cual se advierten indicios antes nunca vistos de quiebra de las concepciones del mundo, una suerte de urgencia por reinventar nuestras finalidades. En cierta medida, la existencia de situaciones e individuos mutantes, es decir la presencia de fenómenos complejos que llevan en sí las características de algo distinto. Dicho en otras palabras, se advierten en el terreno social hechos que llevan en sí un proyecto de orden cultural inédito.

- Y la certidumbre que no es necesario esperar el gran día, para comenzar a dar los primeros pasos hacia una nueva manera de convivencia social. En la medida que se vislumbran herramientas metodológicas y técnicas de modificación de la conducta, cuya retransmisión a la colectividad puede brindarnos una ayuda de gran valor y sobrepasar los límites de la buena voluntad.

Una idea se reabre paso entre los escombros de ensayos mal diseñados o impuestos autoritariamente: luchar por el socialismo lleva implícita una actitud cotidiana, consecuente en las diversas esferas de nuestra actividad, una especie de preparación de una metamorfosis que puede o ha comenzado ya. En cierto modo, las múltiples actividades (conductas) socialistas constituyen un reaprendizaje sutil y real, embrionario y concreto. ¿Podríamos acrecentarlo, diversificarlo y consolidarlo?

He allí, una interrogante novedosa, tal vez, capital para todos, cuya respuesta está implícita: operar transformaciones parciales al interior de las luchas por una democracia económica y social igualitaria. En ese sentido dinámico, cobra

vigencia, la noción de "los poderes", en lugar de aquella limitada y globalizante de "el poder". Plantear el problema de esta manera equivale a abandonar el terreno resbaladizo de la teología revolucionaria, para analizar y discutir de lo concreto y de los problemas que el socialismo debe solucionar "ahora y aquí" y terminar con las polémicas estériles de si tal o cual lucha es revolucionaria o no, marxista o no.

Los esquemas que los catecismos nos ilustraron se han vuelto arcaicos, como igualmente las exigencias partidarias que hacen del militante un creyente aterrorizado, incapaz de poder discriminar por sí mismo aquello que le gusta, de aquello que le desagrada, aquello que experimenta por sí mismo de aquello que experimenta por reflejo doctrinario.

La visualización concreta de los "poderes concretos" sobre los cuales se articula el mitológico "poder en singular", puede permitir a miles de hombres y mujeres agruparse en torno a problemas inmediatos y dar luchas inmediatas, en función de aquello que realmente quieren en esos momentos. En esta forma, se irán dibujando las maquetas sociales del futuro y establecer los criterios de corrección necesarios al advenimiento de los objetivos finales (siempre renovables) de cambio social que afirma y propone un proyecto de sociedad socialista.

Se podrá estar en favor o en contra de lo expresado ahora, pero a nuestro juicio, la historia se ha revelado bastante caprichosa como para insistir en dejar la nuestra completamente al azar.

Ponerse a la tarea de desentrañar "cómo impulsar un cambio persistente y diversificado, precisa derroteros menos vagos que aquellos que tradicionalmente se han esgrimido para justificar las modificaciones sociales. El impulso del azar se vuelve ineficiente ante la urgencia actual. El control sobre nosotros mismos en función de nuestra acción sobre el medio puede entregarnos pautas más seguras. Puesto que muchos aún hablen del destino como una ruta trazada e inevitable, el desarrollo de los diversos modelos culturales muestra que ese azar o destino contiene evidencias de un cierto procedimiento seleccionador. El papel de seleccionador que ejerce el ambiente en la formación y el cambio de los comportamientos fue durante mucho tiempo ignorado.

El conocimiento de las leyes empíricas de la conducta de los organismos vivos, fenómeno al cual hacemos referencia en una obra reciente, (Dorna y Méndez, 1979) parece abrir una vía prometedora frente a los múltiples agentes seleccionadores del ambiente, permitiéndonos tímidamente entrever las posibilidades operacionales de una planificación cultural.

Los temores que puede despertar una "intervención deliberada en los destinos de la humanidad" podría ser atenuado e, incluso, transformarse en un consenso entusiasta, siempre y cuando el oscurantismo ideológico permita replantear la gran amalgama de dogmas imperantes. Es por eso que sobrepasar una sociedad

basada en el castigo y la autocensura, plantea la necesidad de un examen riguroso y objetivo del peso de nuestras aprensiones y una actitud decidida para enfrentar la tarea de probar y volver a probar los medios que nos permitan alcanzarla: en ello radica nuestro énfasis en la experimentación como un procedimiento donde los cambios no tendrán por qué ser vividos como algo vergonzoso, insólito, disparatado y temido, sino por el contrario como algo natural e incluso deseable.

A modo de conclusiones

En las páginas que anteceden hemos querido esbozar nuestras ideas en torno al tipo de sociedad y de socialismo al cual aspiramos. De la exposición de los valores centrales que juzgamos indispensables de introducir en un proyecto viable de sociedad, se desprende la utilización de la experimentación como un procedimiento que permita poner a prueba las proposiciones anteriormente avanzadas. Las cuales en caso de ser confirmadas, tampoco deben ser elevadas a la categoría de verdades eternas, so pena de transformarlas en un código moral rígido y represivo, refractario a toda innovación.

La renovación de la sociedad y la plasticidad con la cual se aborden las soluciones a sus problemas dependerá, en gran medida, del sentido y la naturaleza que encarne la reflexión y la práctica "crítica", puesto que el socialismo puede ser concebido y valorado, ya no tanto por su fuerza iconoclasta y destructora, sino más bien en función de su capacidad para elaborar alternativas responsables. En tal sentido, la descripción de los hechos y tomar en cuenta las leyes empíricas del comportamiento, abren una ruta insospechada entre la telaraña de teorizaciones apresuradas, subjetivas y particularistas: la esterilidad de la crítica especulativa, deja paso a la refrescante y constructiva labor de la experimentación crítica.